

# Meditaciones para el ciclo cuaresmal B

Francisco García

Miércoles de ceniza

Joel 2, 12-18; Sal 51; 2 Cor 5, 20-6, 2; Mt 6, 1-6.16-18

I

*Habla el Señor, callen los hombres.*

Vivimos en una continua interrupción del lenguaje. Apenas afirman unos, otros corregimos, añadimos, matizamos... Incluso cuando esta interrupción se realiza con bases dialogales la palabra del otro, sea de quien sea, es situada en el nivel de mi propia palabra. Hoy, como cada cuaresma, aparece una palabra que no se sitúa en nuestro nivel, sino como palabra originaria que nos llama a la obediencia, una palabra que define el contexto de verdad no sólo de nuestras palabras, sino de nuestra vida. *Dice el Señor* -comienza Joel- y no queda sino obedecer o hacer oídos sordos, escuchar a Dios o, viviendo del eco de nuestras palabras, encerrarnos en un mundo estrecho en el que no sólo no podemos darnos la vida que anhelamos, sino que justifica nuestros caminos de muerte.

Hoy el predicador tiene que desaparecer, incluso cuando habla. Dios mismo se dice no como consejo, no como pequeño matiz, no como reprimenda,.. sino como palabra originaria a la que volver para alcanzar la verdad de vida. Hoy es necesario un cara a cara de cada creyente con Dios (*en lo secreto, en lo escondido*). Si éste no se da todo está de más.

II

*Convertíos a mí.*

Hoy Dios interrumpe la historia en lo escondido de cada corazón que se abra a Él. Hoy, en el *ahora* (que Dios puede hacer *tiempo de salvación*), Dios interrumpe mi historia con una llamada a descentrarme, a someter mis pensamientos, mis sentimientos, mis acciones, mi imaginación a su señorío. Un reto supremo para los alejados, pero también para los que nos decimos ya convertidos, lo cual probablemente

sólo signifique que nuestros ídolos están mucho más escondidos, que son mucho más sutiles y, por tanto, nos hace más astutos ante la mirada de Dios.

Pero, ¿no estará Dios demasiado ausente socialmente?, ¿no estará demasiado desustanciado en nuestro imaginario cultural? o, de otro lado, ¿no estará demasiado sometido a nuestras prácticas religiosas para que alcancemos a comprender qué significa *en la práctica* este sometimiento nuevo al que somos llamados personal y comunitariamente y que hará de nuestro hoy *día de salvación*? Habrá que seguir un camino bien concreto: silencio, Escritura, súplica, misericordia, solidaridad y otra vez súplica: “Crea en mí un corazón puro”. Entonces veré a Dios como bienaventuranza (Mt 5, 8).

La cuaresma nos invita a crear una lengua capaz de cantar el aleluya pascual. He aquí la esperanza del salmista: *me abrirás los labios y mi boca proclamará tu alabanza*. El canto del aleluya pascual no se origina en nosotros, es fruto de una acción de Dios que nos alegra con su salvación y provoca la alabanza. Pero, ¿todavía existen hombres que se alegren de la salvación concedida por Dios? ¿aún existen hombres y mujeres cuyo rostro refleje aquel canto del Apocalipsis al que nos prepara la cuaresma: *la victoria es del cordero y, con él, nuestra, para siempre* (Ap 5)

### III

#### *Un viaje al abismo encubierto.*

El Señor nos invita a descender a los infiernos. Hoy nos invita a decidarnos. Nos pide *ayunar* para entrar en el corazón del la humanidad y verlo roto, solitario, pecador, sufriente y luego *llorar, enlutarnos, rasgar los corazones y suplicar*.

Podemos decir que no es para tanto, nos sumarnos a la inercia social para la que todo radicalismo (hasta el evangélico) es fanatismo. O podemos dejarnos interpelar por esta palabra profética. Podemos hablar mucho de conversión para no convertirnos, programar algunas actividades para no dar el corazón al Señor, o abismarnos en su misericordia con confianza.

Hoy la Palabra de Dios nos pide que visitemos nuestras sombras. No hay excusas, sólo obediencia o rechazo de Dios. Hoy se pide, no se nos invita solamente, quizá podamos decir que se nos exige que afirmemos que no somos inocentes, que o bien tenemos pecados o bien el pecado nos tiene a nosotros (como queramos decirlo), pero que la codicia, la envidia, el rencor, el egoísmo, la ingratitud, la lujuria, la mentira... forman parte de nuestro ser. ¿Cuáles son mis sombras, aquellas en las que habito y que viven como culpas reprimidas en mi conciencia?, ésta es la pregunta. Porque son ellas las que nos estrechan la vida, las que crean la injusticia, por acción u omisión, las que hacen que tantos en el mundo sigan llorando sin consuelo y las que hemos decidido ignorar, dando la razón a Satán: “Si Dios no quiere que os alimentéis de ellas es porque entonces seríais como Él”. Seguiremos en nuestros engaños o presentaremos nuestra debilidad a Dios con confianza.

*Proclamad, convocad, congregad, reunid* -dice Joel-. Se trata de un camino comunitario en el que juntos hemos de llegar a decir: *En verdad, no somos inocentes, el pecado nos habita, Señor, ten piedad*. Todo lo demás son entretenimientos de cuaresma. Todo lo que no nos haga llegar a este abismo donde el hombre no se sostiene

a sí mismo por su falta de fe, de amor o de esperanza, no podrá conducirnos a cantar a la puerta del sepulcro de Cristo y del nuestro el aleluya pascual. Y entonces, ¿no cantaremos como aquellos cantantes que a la vez que cambian continuamente de pareja cantan al amor eterno?

V

*El descubrimiento de la gracia siempre nueva.*

El camino es arduo, desértico. Se trata de un camino que no vive de la palabra de los demás sobre nosotros, sino sólo de la mirada de Dios. ¿Qué valor tiene la palabra de los que nos rodean, que nos dice lo bien que hacemos las cosas cuando tememos enfrentarnos a la Palabra de Dios que nos muestra su radical esperanza en nosotros? ¿De qué nos valen los halagos si impiden la vivencia de la verdad de la vida por sí misma? ¿De qué nos vale la mirada de los demás cuando por vivir de ella no nos confiamos a la mirada benevolente y absolutamente veraz de Dios que nos acoge como ninguna mirada humana puede hacerlo y define nuestra misión dándonos una vocación que nadie puede darnos?

Sólo en un camino *personal, íntimo, concreto y perseverante*, que aproveche las ofertas cuaresmales de la Iglesia haciéndolas camino propio y pueda llegar a la Pascua y celebrarla como verdadero acontecimiento de salvación.

Una vuelta de tuerca más que haga saltar otro espacio vital aislado de Dios, bastaría esto para que Dios nos sonriera en alguna de nuestras sombras y nosotros nos confiáramos a su salvación.

VI

*Si hay que concretar...*

...digamos que nos es necesario forzar la oración, resistirla con una meditación exigente de la Palabra de Dios. Forzar nuestros ahorros a abandonar sus refugios para salvarnos algún día mientras muchos mueren hoy. Forzar nuestro gusto por la diversión (sea cual sea: el bar, la televisión, la lectura, el cotilleo...) a aburrirse si es necesario en la compañía de los nuestros, de los que están solos... o para encontrarnos, en medio del silencio, con los anhelos insatisfechos de nuestro corazón y del de los que nos rodean y presentarlos a Dios... Forzarnos a pensar hasta el próximo domingo cómo vamos a forzarnos a obedecer a Dios antes que a los hombres.

Y si al final nuestra debilidad nos angustia al llegar la Pascua, decir: *Tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero*, y seguir caminando hacia la Pascua eterna.

## Domingo I de Cuaresma

Gen 9, 8-15; Sal 24; 1 Pe 3, 18-22; Mc 1, 12-15

I

*Nacemos como hijos del mundo.*

Nacemos con una mirada configurada por las sospechas y los celos que toda la historia ha tejido en la carne humana, con los sentimientos de pertenencia y exclusión que configuran nuestras relaciones, con palabras que nos vinculan y que nos separan. Nacemos, además, con un anhelo de encontrar en el mundo que nos da a luz un hogar que siempre está más allá de todo lo que vivimos.

Somos hijos del mundo y el mundo no termina de darnos vida. Nos rodea con sus posibilidades, con sus invitaciones, y nos frustra con sus estrecheces. Todo esto de manera concreta: la falta de tiempo para vivir pausadamente y de sabiduría para gozar de lo cotidiano, la falta de una alegría permanente, la presión de las tristezas cotidianas, las tensiones en nuestras relaciones, el peso de la pobreza y la violencia sufrida...

No nos convence del todo nuestro mundo y, a la vez, nos dejamos convencer por él en cada guiño que nos hace ofreciéndonos “el oro y el moro” de la vida.

II

*El Espíritu nos arroja al desierto como arrojó a Cristo.*

Nos obliga a iniciar un camino en el que miremos de frente la realidad en su pobreza y, a la vez, en el origen permanente de su vida que la enriquece sin medida. El Espíritu nos obliga, queramos o no, a tocar con la experiencia de la vida concreta la falta de sustancia de nuestros afanes separándonos por un momento de ellos. Puede hacerlo cuando hemos de afrontar la prueba de la muerte, o cuando nos enfrentamos a la quiebra de relaciones que creíamos eternas, o cuando llegan los fracasos... aunque también cuando dócilmente dejamos que conduzca nuestra mirada a la pobreza interior que nos constituye y que busca de continuo un pan de vida eterna que la sacie.

Experimentamos el mundo como espacio conflictivo (*como mundo de alimañas*) y el Espíritu busca conducirnos hacia el lugar donde seamos alimentados (*por ángeles*) no sólo para resistir, sino para transformarnos y transformarlo.

El Reino llega y hemos de acompañarnos a él. El Reino nace con la fe dada en medio del desierto, con la fe con la que nuestra pequeñez se confía a un origen benevolente y fiel que no nos abandonará: *no nos dejes caer en tentación y líbranos del mal.*

### III

*Nos decidimos a caminar, a buscar*

Sin embargo, al primer paso que damos nos asalta la tentación, la desconfianza. ¿es claro que Dios quiere nuestro bien? ¿Sus palabras son más veraces que las del mundo, que promete y frustra de continuo? Oímos la promesa a Noé, nos confiamos a un Dios misericordioso y de futuro, y dijimos: *El Señor es bueno*, y comenzamos a caminar con confianza porque ya no habría más diluvios sobre nosotros. Pero oímos de nuevo noticias de catástrofes en las que el hombre sufre la aniquilación, sentimos de nuevo que las aguas nos llegaban hasta el cuello, y preguntamos si Dios no nos habrá sacado al desierto a morir y no estaríamos mejor en el mundo que conocíamos con nuestras pequeñas esperanzas o con nuestras grandes comodidades. Acaso un hombre puede esperar mucho más de la vida que esto. ¿Para qué soñar? *Comamos, bebamos...* ¿Para qué entrar en un desierto del que sospechamos que no conduzca a ninguna tierra prometida?, ¿para qué entrar en un ayuno del que intuimos que no encontrará el alimento que sacie los anhelos de la vida?

Pero, aun así, no deja de levantarse en nuestro interior la invitación de Jesús a entrar con él en el desierto, en la pobreza de nuestro ser y, desde él, buscar en los caminos del Reino: *Convertíos, creed la buena nueva, el plazo se ha cumplido*. ¿Cómo viviríamos sin tierra prometida, sin futuro, sin la promesa de un mundo redimido, *sin llanto ni dolor*?

### IV

*¿Quién nos enseñará el camino si no es el mismo Señor?*

*Enséñame tus caminos*, le decimos. No se trata de conocer lo que hemos de hacer, bien lo sabemos, pedimos al Señor aprender la perseverancia en sus caminos, la perseverancia en la esperanza, la perseverancia en la fe: *Haz que camine con lealtad*, suplicamos. Y el Señor nos muestra a su Hijo caminando en el desierto, caminando entre la muerte. Llega desde la tierra prometida a alentar nuestros espíritus encarcelados por la opresión de un mundo, encerrados en su finitud y su pecado, encarcelados en la desesperación o el cinismo... *No temáis, confiad*. Cristo mismo sale a nuestro encuentro en el desierto y allí, sólo allí, nos muestra su trono final de gloria (*a la derecha de Dios*) y nos dice que es también el nuestro.

### V

*No sólo de pan vive el hombre.*

No sólo de pan amasado con la belleza y el sabor de este mundo. El pan necesita ser amasado con una palabra de esperanza que hable del final del desierto, con una palabra veraz que no hable de oídas, sino con el cuerpo quemado por el sol de la fatiga y el dolor y, sin embargo, transfigurado por el nuevo hogar.

Necesitamos el pan de la Pascua y lo necesitamos todos: creyentes y no creyentes

Al fin y al cabo nuestra cuaresma no nos prepara para hacer el bien, sino para abrir los ojos a la meta donde el bien triunfa sobre la muerte y cobra fuerza para entregarse en la vida. Nos preparamos para vivir la resurrección del Hijo como primicia de nuestra

resurrección. Lo demás es quedarse a medio camino y construir un pequeño becerro en el que refugiarse y perder la gloria de la vida.

No temamos el desierto, el Señor nos conduce para abrir las puertas de la tierra prometida. Nunca será tan duro que, incluso entre las peñas, nuestra fe no encuentre un poco de agua que nos sacie en el entretiem po con sabor a dulzura eterna.

VI

*Si queremos concretar...*

...habrá que hacer silencio, dejar a un lado las prisas de la vida, entrar en la soledad donde se esconden nuestros miedos, nuestros rencores, nuestras tentaciones, nuestros anhelos... y pedir a Dios: *Enséñame a caminar por el desierto y haz que camine con lealtad a ti y a mis hermanos.*

## Domingo II de Cuaresma

Gen 22, 1-2.9a.15-18; Sal 115; Rom 8, 31b-34; Mc 9, 1-9

I

*¡Cuidado!*

Es necesario no tropezar antes de empezar a andar. Es cierto que sentimos una especie de espanto ante el mandato de Dios a Abraham. Al escucharlo nuestra imagen de Dios puede quedar presa de nuestros prejuicios y mezclarse con nuestros peores temores sobre su manera de ser. En el fondo, puede quedar presa del miedo a que ni siquiera Dios escape a la morbosa tentación de jugar con los débiles, con los inferiores... de la que no escapa el corazón humano.

Necesitamos resistir en la escucha, fiarnos de Dios y buscar en la profundidad de la Palabra. La proclamación del amor de Dios que hace Pablo nos invita a ello. Pero entre el miedo a Dios y el amor de Dios hay un largo camino. Necesitamos frotar con las arenas del desierto que supone la meditación paciente de la Palabra las durezas de nuestro corazón.

II

*La obediencia y la muerte.*

Escuchamos la llamada: *Abraham*. Y la obediencia nos asombra: *Aquí me tienes*. Nada más vuelve a decir Abraham. Nada hay que decir ante la palabra de Dios que nos visita. Su petición es excesiva, como si Dios no supiera pedir otra cosa distinta que todo lo que somos. No quiere momentos, no quiere espacios, no quiere palabras, quiere nuestra libertad, nuestra voluntad, nuestra imaginación, nuestra vida.

El hijo a quien tiene que clavar el cuchillo no es otra cosa que su propia carne amada, no es otra cosa que su propio futuro imaginado, no es distinto de su apego a la posesión de su propia vida. Isaac es el reflejo de Abraham. Clavar el cuchillo es herir el orgullo de ordenar nuestro mundo como si fuera nuestro, sin más voluntad que la nuestra, sin más futuro que el que sale de nuestras entrañas, con el que queremos fecundar el mundo.

Dios nos dio la vida y nos hemos encadenado a ella al hacerla posesión nuestra. Dios nos dio la vida y nos hemos encadenado a ella al pensarla desde nuestros pequeños horizontes.

Dios nos dio la vida y nos hemos encadenado a ella defendiéndola como nuestro bien supremo y matando a quien sea por mantenerla y ensancharla. Ésta es la vida que hemos dado a luz, el hijo al que hay que sacrificar para encontrar la libertad.

Dios nos invita a la libertad que da el sentir que son su promesa y su fidelidad las que nos sostienen, las que nos guardan, las que nos dan futuro, las que nos guían... y por eso no hay que tener miedo. ¡El miedo!, fuente de vidas escondidas y encerradas en su interior, de vidas agresivas para proteger futuros y presentes que ya están muertos

porque no se pueden sostener en sí por mucho que se crea, de vidas angustiadas y vendidas por un poco de amor y reconocimiento...

Abraham levanta el cuchillo y vuelve a oír su nombre por dos veces: *Abraham, Abraham*. Y vuelve a responder: *Aquí me tienes*. Ha superado la prueba, ha encontrado la libertad. Ahora ya sabe que Dios no le quita nada, sino que en Él todo es don. ¿Por qué no imaginarlo cantando el salmo 115: *Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu sierva, rompiste mis cadenas?*

Abraham desde ahora ha muerto a sí mismo, y ha renacido al gozo de una vida confiada, sin miedo a perderse aunque lo pierda todo. Una vida que no es sino alabanza de la presencia fiel de Dios como fuente de fecundidad: *Te ofreceré un sacrificio de alabanza*.

### III

#### *La muerte y la bendición.*

Es aquí, en la muerte, donde nace la bendición. Donde no hay muerte sólo hay maldición. Es el miedo a ser menos, a perderse, a no tener el control último, a la falta de dominio sobre sí..., en una palabra, a la muerte, lo que lleva al hombre a querer poseerlo todo, a querer dominar a todos, haciéndose a la idea de que así se sostendrá. Por no querer morir, es decir, por no acoger su pequeñez, por no acogerse a la presencia de los otros, por no acogerse a la palabra de vida de Dios que le llamó a una existencia con promesa de futuro, por miedo a la muerte se convierte en maldición. Cuántas historias concretas podrían contarse... ¿una por persona?

El ángel del Señor nos grita cuando le grita finalmente a Abraham: *por haber hecho eso te bendeciré con una descendencia fecunda y todos quedarán bendecidos con tu descendencia*. Nosotros somos su descendencia si nacemos a la fe verdadera, si sabemos desgarrar con el cuchillo de la fe las cadenas que nos atan a nosotros mismos.

Largo camino entre el miedo a Dios y el amor de Dios, que debe atravesar el desierto de nuestros miedos a perdernos, nuestro miedo a la muerte.

### IV

#### *La muerte del Hijo y la bendición definitiva.*

En este camino somos invitados a mirar a Dios mismo. Él es el espejo donde Abraham renació, Dios que es eterna bendición. Pues, al contrario de lo que creyó la mirada engañada de Eva, no retiene nada en sí. ¿No sería el árbol de la vida el espacio reservado por Dios para darnos todo con su Hijo, el espacio para decir su última palabra?

El Hijo se muestra al mundo transfigurando el miedo a la muerte en confianza absoluta. Cristo entrará en el trance de la muerte y su sangre se transformará, por el amor recibido del Padre y ofrecido a los hombres, en luz para el mundo. El monte de la transfiguración es el monte Calvario, esta vez contemplado por los discípulos cercanos desde el interior del misterio que su miedo a la muerte no les dejará contemplar en la Pasión.



Es el amor percibido como presencia de Dios en él y acogido como fuente de bendición para todos lo que transforma la carne de Cristo en presencia luminosa para los que suben a Jerusalén a enfrentarse con sus miedos. Y éstos somos todos nosotros.

V

*Si hay que concretar...*

... diremos que esta semana podemos fijar la mirada en tantos hombres y mujeres que se cruzan en nuestro camino y que están heridos de una forma especial por el dolor de la vida, pero en los que podemos apreciar una sonrisa casi permanente, una disponibilidad de amor asombrosa cuando les ha tocado en suerte o en desgracia una enfermedad, un marido insufrible, un hijo deficiente, unos padres a los que cuidar...

Ellos nos enseñan a morir, porque su olvido de sí en amor a otros se convierte en bendición del mundo. Seguro que en tu parroquia existen. Ellos han sabido sacrificarse por amor, aunque a veces lloren a escondidas. En ellos nos visita Abraham y el Señor transfigurado. Ellos son los que aparecerán, ante el asombro y la gratitud de todos con sus vestidos blancos lavados en la sangre del cordero (Ap 7, 13-14), como aquellos que acercaron la bendición de Dios a los hombres.

## Domingo III de Cuaresma

Ex20, 1-17; Sal 18; 1Cor 1, 22-25; Jn 2, 13-25

I

*Hacia el corazón de la ciudad humana.*

*Subió Jesús a Jerusalén y entró en el templo. En medio del camino cuaresmal vemos como Jesús sube al templo y no sabemos muy bien a dónde va. ¿Sube al templo de los hombres, sube al templo de su cuerpo o podemos decir que sube hasta encontrarse a sí mismo en el interior de los hombres?*

En el Evangelio se nos dice: *hablaba del templo de su cuerpo*. A la vez, todo en su aspecto más inmediato apunta a que se dirige a aquel espacio íntimo de los hombres donde vive su relación con Dios. Se unen dos perspectivas en una forma complicada que invita al oyente a la meditación paciente. Jesús sube al templo y allí parece quedar atrapado junto a Dios por las preocupaciones y perversiones humanas que lo separan de sí, que lo desgarran, que *lo destruyen*.

II

*El nombre de Dios en vano.*

Demos un pequeño rodeo a través de la primera lectura. Dios pronunció su nombre como fuente de liberación para el pueblo: *Yo soy el Señor, que te sacó de Egipto*. Lo desenredaba así de la esclavitud a la que le sometía el faraón y le invitaba a vivir en una forma nueva donde toda esclavitud desapareciera, donde el hombre encontrara al fin descanso. Así apareció la ley en mitad de este camino.

*Todo es bueno* -había dicho Dios- bajo la protección de mi Palabra, de mi Ley. Su presencia entre los hombres, su templo, tenía un corazón del que nacía la vida: su Palabra, su Ley, su Sabiduría que ordenaba y daba sentido a cada realidad. *Escucha y vivirás*.

Pero fue vano el afán de Dios, su nombre fue aparcado como un nombre más, como cosa entre las cosas, como realidad entre las realidades, como una parte más del mundo. Se negó su señorío frente a los afanes del mundo. El mundo se convirtió en un mercado de realidades y Dios quedó como una mercancía más, valiosa, pero una más. Se le arrebató el nombre de *Señor* y se le apaciguó con algún sacrificio ritual que hiciera que Dios no metiera las narices en los demás negocios del hombre. *Se pronunció el nombre de Dios en vano*. Tener cerca de Dios como no-dios. Y así seguimos. El templo donde se hacía presente, el mundo del que la ley era el *santa sanctorum*, quedó enterrado entre los negocios humanos. Dios ya no era Dios.

### III

#### *La ley como azote.*

Pero Dios siguió hablando: *no dejará el Señor impune a quien pronuncie su nombre en falso*. A partir de entonces toda palabra de Dios aparece como una intromisión insoportable en la vida del hombre. Toda palabra divina aparece como violencia de Dios contra el hombre. Éste viene y va por el mundo, compra y vende la vida, la goza y la sufre en medio de esclavitudes siempre nuevas, en medio de miedos que le hacen arrodillarse frente a nuevos señores. Pero incluso sintiéndose traído y llevado por los poderes del mundo no termina de fiarse de Dios.

¿Y si permitiera el hombre que Cristo pusiera un pie en la explanada de su vida con el azote de su Palabra, de su Sabiduría, de su Ley? Ahora la palabra de Dios amarga al ser vivida porque la vida se ha acostumbrado a la esclavitud. *Mejor se estaba en Egipto*, dirá la tentación del hombre, que no quiere afrontar el camino duro de la verdadera vida porque requiere aceptar la violencia del desierto, la violencia de la palabra de Dios sobre nuestras miserias aceptadas.

Es dura la palabra del Señor cuando llega al corazón, muchos discípulos dirán: *¿Quién puede resistir estas palabras?*, que Pedro reconocerá como *palabras de verdadera vida*. Es él quien nos invita a repetírnoslo con el salmo. Es dura la presencia del Señor en la vida. Es exigente. Lo quiere todo. Nuestra vida es del Señor y no permite hacer apaños con nuestro egoísmo, nuestra pereza, con nuestra envidia, con...

Amarga como es, la Palabra de Dios termina siendo *descanso para la vida*, termina *iluminando los ojos y alegrando el corazón*. Aunque no engaña, tendremos que sentir como Cristo y la violencia de su amor asaltan nuestra alma, tendremos que resistir la lucha.

Si nos entregamos a la lucha, si nos dejamos vencer luchando contra nosotros mismos, Cristo será uno con nosotros. Cristo entrará en nuestro templo y a la vez se encontrará a sí mismo. Así llegamos al punto de partida de nuestra meditación. Pero...

### IV

#### *Ver como se destruye el templo.*

Si dura es la lucha en nuestro interior, dura es igualmente la lucha en medio de los afanes del mundo. Hay muchos intereses en los negocios de la vida, los hombres hemos trenzado muchas complicidades con cuerdas de pecado... No se aceptará fácilmente que nos salgamos del redil, que Cristo destrone los señoríos a los que nos hemos sometido. A muchos les interesa que vivamos arrodillados ante ellos. Y Cristo en nosotros será ignorado, acusado, injuriado, despreciado y agredido hasta el límite. Cristo lo sabe: *destruid este templo y...* San Pablo nos recuerda que este es también nuestro destino: *locura y escándalo* es lo que elegimos, o con nuevas palabras estupidez y provocación para este mundo nuestro cuyas aguas enturbiadas también nosotros hemos revuelto.

Los discípulos están en la sombra en este episodio. ¿Quién querría dejarse ver? Y sin embargo llegará su día, aquel en el que tengan que decir nuestro Dios es el Señor o dejar que se destruya el cuerpo de Cristo en ellos. Y entonces su fuerza será el recordar que Dios tuvo más fuerza que aquellos que quisieron arrebatar la vida a Cristo y le resucitó.

V

*Si hay que concretar...*

... diremos que esta es la penitencia cuaresmal. *Muchos creyeron en él, pero Jesús no se confiaba a ellos porque los conocía y sabía lo que hay dentro de cada hombre.* Partimos de nuestro corazón obstinado frente a Dios, partimos de nuestros miedos, de nuestro cristianismo mediocre. Debe comenzar la lucha si no lo he hecho ya. ¿a qué esperar? Hay que elegir al enemigo, ponerse en manos de la palabra del Señor y golpear nuestro pecado. ¿Sería demasiado arriesgado decir que si la palabra de Dios nos hace daño es que va por buen camino? ¿Podrá confiarse Cristo a nosotros como su templo?

## Domingo IV de Cuaresma

2 Cro 36, 14-16.19-23; Sal 136; Ef 2, 4-10; Jn 3, 14-21

I

*Crucificar la palabra.*

En aquellos días, así empieza la palabra hoy. Se trata de los días en que la historia se parte en dos: la vida bajo el señorío de Dios y la nueva situación donde la palabra de Dios es apartada. Se trata de todo día en que aparece la infidelidad. El texto del Libro de las Crónicas nos hace visitar, en los versículos ofrecidos a nuestra meditación, el proceso en el que Dios es expulsado de la tierra prometida. El hombre hace lo que le dicta su voluntad prescindiendo de la voluntad de Dios, de su Ley, que ya no cuenta y por eso queda al margen de la vida. Pero el margen es la muerte. En los márgenes de las ciudades de los hombres siempre están los cementerios.

Sabemos que la muerte ejercida sobre alguien no es sólo una cuestión física. Lo primero que se hace con los que se quiere eliminar es retirarles la palabra, no se les habla. El siguiente paso es retirarles su palabra, no dejarles hablar. Para ello se utiliza una vieja astucia -ya la utilizó la serpiente en el paraíso-: reinterpretar sus palabras como palabras malditas, como palabras que nos quitarían la vida con su falsedad si las dejáramos pronunciar sobre nosotros. Crucificar la palabra, sacarla a las afueras de nuestra vida y enterrarla, ésta es la cuestión. Ésta es la situación que nos describe el Libro de las Crónicas. La Palabra de Dios ha sido enterrada en el templo. El templo pasa a ser sólo una lápida sobre la que la voluntad del hombre se afirma y no el lugar del diálogo, de la Alianza, de la escucha (he aquí el significado de *mancharon la Casa del Señor*).

Pero la Palabra no se calla y, tomando cuerpo en *los profetas*, se presenta ante el pecador. ¿Qué hará éste? ¿Reconocerá su infidelidad o les crucificará a ellos también con sus desprecios, su cinismo, sus burlas?

II

*Ésta no es nuestra tierra.*

En esta situación no es extraño que el hombre perciba que sus pies no pisan la tierra prometida, la tierra que hacía brotar bendición en los campos y en las relaciones humanas, en los negocios ciudadanos y en el palacio de los que gobiernan.

Cuando la Palabra que da vida es despreciada, las palabras de los que quieren coger vida a toda costa dan origen enseguida a una palabra de muerte sobre la realidad: aparece el engaño, la injusticia, las acusaciones... El hombre crea su propio exilio. La *ira de Dios* no es sino la firmeza y seriedad con que trata la libertad del hombre: éste quiere estar en sus propias manos y Dios le deja en medio de la tristeza y la muerte que causan.

*¡Cómo cantar a Dios en tierra extranjera!* ¿Cuántos siguen llorando con *nostalgia de Sion*, con nostalgia de la tierra prometida, con nostalgia de lo que conocieron: paz, confianza, afecto, bienestar... y les fue arrebatado, o que nunca conocieron: justicia, vida digna, alimento...?

### III

#### *Dios a las afueras del mundo.*

La cruz de Cristo, con su imponente silencio, nos lleva al corazón de la ciudad muerta. Al corazón de la ciudad que no vive ya de la Palabra de vida, que la ha sacado a las afueras y la ha crucificado como escarmiento por si las esperanzas de los pobres, los débiles, los excluidos les hacían pensar en algo distinto: hay que someterse al régimen del interés, de la lucha, del poder, de la astucia insolidaria para vivir...

Pero he aquí el milagro. Alguien canta desde la tierra extraña. En la cruz, la muerte de un hombre habla para siempre de la fidelidad de Dios al mundo y dice que no lo abandonará. *Estando nosotros muertos por los pecados* -dice Pablo-, Dios habló de su amor desde la muerte, ¿desde dónde si no, si era allí donde nos encontrábamos? ¿Se puede esperar otra tierra? Ésta es la pregunta de los que cantan en tierra extraña.

La cruz de Cristo es el cimiento de la nueva ciudad. Una ciudad donde la fidelidad de Dios se hace obcecadamente presente en cada rincón del mundo para convencerlo de su destino de vida. Donde la esperanza de Dios no desespera de ningún hombre. Donde todo hombre puede alcanzar salvación si se arranca de su falta de fe en la Palabra de vida, de su confianza perversa en su inercia animal, de su afán posesivo, dominador, envidioso... *El que cree en Él (se entrega a Él) no será condenado.*

El Evangelio nos preanuncia el canto victorioso del Viernes Santo: *éste es el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo.* Hay que extender la mano y acoger (no coger) su fruto. Cristo nos da a comer la Palabra de Dios con su propia vida. Nos alimenta de palabras de vida pronunciadas con su sangre para que nuestras obras no se cansen de dar vida, nos alimenta de su Palabra de misericordia crucificada para que nuestras obras no desesperen en medio de la oscuridad del pecado

### IV

#### *Cantar en medio de la desolación.*

¿Hay alguna razón para cantar? ¿Hay algún sitio donde sostenerse cuando parece que no hacemos pie en la realidad? Para los exiliados fue el edicto de Ciro que los dejaba volver a su tierra, aunque esa tierra ya no fuera la misma, aunque sabían que suponía un nuevo éxodo en el que resuena una y otra vez "mejor lo malo conocido...", pero algunos estaban decididos y se pondrían en camino alegres, y de la mano de Dios cantarían su esperanza.

Para los cristianos de Éfeso, en medio de la creencia y el sentimiento de la fuerza de los poderes cósmicos y de las fuerzas del mal, fue la confianza en que Cristo, los había vencido para él y para ellos, para ellos y para nosotros, dando a todos un puesto en el cielo junto a él. Éste es nuestro canto.

Éste sigue siendo hoy el origen de nuestra esperanza desde el que caminamos por el desierto cuaresmal de la vida. Las fatigas, sufrimientos, pecados quieren convencernos de que nuestro exilio es permanente, de que nunca alcanzaremos la vida que necesitamos, pero pronto se anunciará la buena noticia: Cristo ha resucitado y nosotros hemos vencido con Él.

V

*Si hay que concretar...*

... tendrás que pensar cuántas veces a la semana miras de frente una imagen de Cristo crucificado. Cuántas veces viendo el mal campando a sus anchas por el mundo y por tu vida miras de frente a Cristo y ves el lugar que reserva en su costado abierto para alentar al mundo y a ti. Su cruz te habla de la dureza del camino, y de que las obras más dignas que deben realizarse, aun perteneciendo a la luz, han de caminar en una cierta oscuridad. Pero también te invita a alimentarte de su amor que se entregó a la muerte para que la Palabra de vida de Dios llegara hasta tus rincones mas desesperados. Mira a Cristo, ve hasta donde puedas dejarte mirar por una imagen suya y déjate hablar al corazón. Descrucifica su Palabra en tu vida.

## Domingo V de Cuaresma

Jer 31, 31-34; Sal 50; Hb 5, 7-9; Jn 12, 20-33

I

*También Herodes había oído hablar de sus milagros y quería verlo.*

Unos que habían venido a celebrar la fiesta aprovecharon para intentar ver a Jesús. ¿Qué les esperaba? Quien intenta ver a Jesús siempre recibe una sorpresa, se reconoce mirado por él y obligado a tomar una decisión de vida (quizá baste recordar a Zaqueo).

Ante la visita Jesús no parece interesado en recibir a cuantos más mejor (ahora unos griegos), en sentirse cómodo con su posición de hombre admirado y respetado. Y parece cambiar bruscamente de conversación entrando en aquel espacio que ha hecho que su misión provocara una crisis incluso entre los suyos: hay que subir a Jerusalén a morir. Hay que darlo todo, incluso la vida. Parece intentar convencer a los que le rodean o vienen a él de que su seguimiento es imposible: *¿acaso uno se puede llegar a aborrecer cuando busca la vida plena?*

Desde el principio se nos advierte que con Jesús no se hace turismo religioso, que con Jesús no se juega a los soldaditos valientes con pistolas de madera. Sus palabras parecen conducirnos a su angustia de Getsemaní por anticipado (*mi alma está agitada...*) *¿Qué salisteis a ver?*, había preguntado a la gente hablando de Juan el Bautista poco antes de su martirio comparándolo con una caña agitada por el viento, recordando así al siervo y quizá anticipando lo que verían en él. ¿Queréis ver algo? Mirad -dirá Hebreos-: *gritos y lágrimas* de Jesús en medio de este mundo inhumano.

¿Habría que recordar oyendo las lecturas de hoy que la cuaresma no era un paseo por el campo, sino un viaje por el desierto?

II

*Atrapados en Egipto.*

¿Qué ha sido de nuestra cuaresma? La pregunta surge al escuchar la afirmación de Jeremías: Dios había tomado de la mano al pueblo para sacarlo de Egipto, pero éste dejó allí su corazón y caminaba con la vista vuelta atrás. ¿Es así? ¿Tendremos que decir que es así? ¿Tendremos que aceptar que nuestro corazón no se deja domar, que no se deja dominar por la palabra de Dios, que apenas si se deja poner las bridas para comenzar a ir al paso del Señor? Me temo que mayoritariamente habremos de responder afirmativamente (¡Qué alegría si no fuera así!).

Sin embargo, Jeremías nos invita a no desesperar, porque nos muestra a un Dios derrochando paciencia, confianza, benevolencia. Como oímos hace un par de domingos, él conoce nuestro corazón y, pudiendo no fiarse de nosotros, se compromete a entregarnos todo lo que tiene para vivificarlo. ¿Podrá ablandarse el corazón de alguna otra forma que no sea contemplando su amor hasta el extremo por nosotros?



¿Seremos capaces de ver desde Egipto el monte donde Cristo va a ser asesinado por los 'dueños' del mundo y abandonado por todos, el monte donde gritará con su sangre: "*esto es mi amor por vosotros*"?

¿Atraerá así a los hombres presas de su propia ciudad? Presas del consumo, del stress, de la obligatoriedad de ser grandes, de la necesidad de dominar, de la humillación por ser pequeños, de la necesidad de esconder sus miserias, del ensimismamiento asfixiante de los espejos y escaparates...

Al final del Evangelio descubrimos que Jesús sí había escuchado la demanda de los griegos, pero que les invitaba a colocarse donde pudieran ver la verdad de las cosas haciéndoles así partícipes de la nueva Alianza al renovar su corazón con su vida entregada. Ya *nadie les tendría que enseñar*, conocerían a Jesús en la cruz. Y es que no se ve a Jesús, no se le conoce sin la cruz.

### III

*Desde esta posición sólo hay una respuesta...*

... que repetimos en el salmo: *¡Oh Dios, crea en mí un corazón puro!* Al principio de la cuaresma, el miércoles de ceniza, rezábamos este mismo salmo, si reconociendo nuestro pecado. Ahora, casi al final, reconocemos que el problema es más hondo. Ya no decimos *Misericordia, Señor, hemos pecado*, sino que descubrimos nuestra impotencia para liberarnos por nosotros mismos de él si Dios mismo no nos renueva, no nos convierte. ¿Dónde están nuestras intenciones de cuaresma?, ¿qué han conseguido sino hacernos descubrir ese límite donde la vida se topa con su propia impotencia y le queda sólo ponerse en manos de Dios?

Pero es en esta impotencia cuando nos hacemos fuertes, cuando nuestro corazón es renovado y cobramos el ánimo de Cristo para resistir, para luchar, para alcanzar la victoria de la vida sobre el pecado y la muerte. Ésta es la afirmación central del pasaje de la Carta a los Hebreos que leemos hoy. Ésta es nuestra esperanza, somos fuertes en nuestra impotencia para serlo, porque Dios vive en ella como eterna fuerza de misericordia y esperanza.

Estamos en el pórtico de la semana de Pasión y Resurrección donde todo esto se nos ofrecerá como centro de nuestra fe. Quedaremos renovados en la medida en que supliquemos a Jesús: *crea en mí un corazón puro*, pero para eso hemos de pedirselo allá donde él quiere llevarnos para hablarnos en intimidad: a su pasión.

### IV

*Y ahora, ¿quién quiere preguntar por Jesús?*

Ya no se trata de ver procesiones, ya no se trata de hacer una oración para que el sufrimiento de Cristo me ahorre el mío, ya no se trata de ver un milagro (aunque sea el de la resurrección), ya no se trata de descansar por un rato en su regazo como si pudiéramos quedarnos en la mesa del Señor sin salir para vivir *la hora* en la que se decide todo.

Se trata de preguntar para escuchar la palabra de Dios: *Lo he glorificado y lo volveré a glorificar*. De escuchar que es en la cruz donde la vida del hombre alcanza su

límite en el que se manifiesta la confianza radical o el resentimiento, la esperanza o la desesperación, el valor o el miedo..., el amor o el ensimismamiento, y donde la vida de Dios alcanza igualmente su límite en el que se manifiesta como Dios con nosotros y para nosotros. Tenderemos que atravesar el desierto, la cuaresma de la vida nos llegará, pero hoy oímos que volverá a ser glorificado el Hijo ¿dónde sino en nosotros mismos? Y esto nos hace vivir con esperanza.

Quizá a algunos les parezca locura o estupidez y se recluyan en la di-versión, quizá a otros les parezca un escándalo de masoquismo, pero para nosotros se trata de alcanzar la verdadera vida que descubrimos en la mirada de Cristo que derrama lágrimas por amor a nosotros.

V

*Si hay que concretar...*

... revisa tu cuaresma. Medita hasta dónde has llegado. Descubre tu límite. Sin miedo. Preséntalo con una súplica repetitiva: *Renueva, Señor, mi corazón.*

Alégrate de tus progresos, que te habrán acercado a Cristo dejándote en el umbral de la prueba última, y pide a Cristo que te lleve consigo hasta el final. Repite, sabiendo que tus miedos aparecerán en el trayecto final: *No abandones la obra de tus manos.*

## Domingo de Ramos

Mc 11, 1-10 / Is 50, 4-7; Sal 21; Fil 2, 6-11; Mc 14, 1-15,47

I

*Un alto en el monte de los Olivos.*

Dos entradas en Jerusalén son ofrecidas hoy a nuestra meditación. Una a la luz del día (*el que realiza la verdad se acerca a la luz para que se vea que sus obras están hechas según Dios*, decía el Señor hace dos domingos), otra en plena noche, donde nace el poder de *los que prefieren las tinieblas porque sus obras son malas*, nos recordaba igualmente Jesús). Y antes de entrar, un alto en el camino en un mismo paraje: el monte de los Olivos. En él contemplamos a Jesús que de forma lúcida se dirige a ofrecer el testimonio radical. *Ha llegado la hora*, se nos estaba preparando en las semanas anteriores. Él lo sabe e invita a los discípulos a abrir los ojos, a velar.

En un primer momento, pidiéndoles que le consigan un pollino. Quiere, recordándoles la profecía de Za 9, 9, que descubran que están con el que trae la paz a Jerusalén y en ella a las naciones y, por tanto, a no dejarse engañar por los poderes de la tierra en lo que va a suceder. En un segundo momento, en medio de una oración llena de angustia, les invita a no dormir bajo el peso de la noche, a no dejarse llevar por el peso de la oscuridad y el pecado.

II

*Jesús entra en Jerusalén entre esperanzas y fracasos.*

Cuando entra en Jerusalén con él entran también todas las esperanzas del pueblo: *Hosanna, Sálvanos*. La espera de todos los hombres de la historia. ¿Quién no espera *al que viene en nombre del Señor* a traer el reino de justicia, de paz, de riqueza sobreabundante (Sal 72)? ¿No era éste el Reino de David que aclaman al ver a Jesús?

Pero enseguida, bajo el silencio textual que la muestra por contraste, la maquinaria del mal se pone a trabajar y se mostrará dueña de la realidad al obligar a entrar a Jesús humillado bajo la condena de los injustos. Esta segunda entrada ni siquiera es descrita y, sin embargo, el texto la deja entrever como antes el silencio sobre los dirigentes los mostraba intrigando contra él.

Como tantas veces la esperanza es vencida en la misma ciudad que la necesita, que la espera. La esperanza es vencida por los que viven instalados al margen de la voluntad de Dios, y ni siquiera se dan cuenta de ello. Es el tiempo humano del desastre, de los fracasos, de las frustraciones, de la quiebra del futuro que se da inevitablemente en cada corazón antes o después, por unas razones o por otras. Es el tiempo del poder del mal, que parece reírse una y otra vez de la esperanza de los pobres.

### III

*Iniciar de nuevo el camino del hombre.*

Es la hora de la angustia no esquivada por Jesús. *Si para esto he venido...* para iniciar un camino nuevo en este valle de esperanzas frustradas. Para atravesar la tierra de la ambigüedad y del mal con la fe y el amor. Todo está dispuesto. El Señor lo sabe e invita a resistir a nuestra carne débil, tentada siempre de desesperanza: *Velad y orad, que la carne es débil*. Es a través de este camino como hablará al hombre, como podrá dar *una palabra de esperanza al abatido, una palabra de aliento*.

Cuando estamos hartos de dolores, cuando no queremos ver más penas, se nos invita a mirar a este hombre que entra en el sufrimiento para romper desde dentro nuestra debilidad. La esperanza debe vivir arraigada en la realidad. Sólo en ella puede alentar el camino. Pero esto no se produce si la esperanza no se confronta con todo lo que la niega. Sólo sabremos si estamos en manos de Dios si éste es capaz de llegar a los infiernos y recogerlos en ellos.

Pero, ¿entrará alguien en ellos para hablarnos desde allí y, en nombre de Dios, consolarnos en ellos? He aquí el misterio de la Pasión de Cristo que nos disponernos a celebrar en estos días

### IV

*Si tenemos que concretar...*

... sólo remitiremos al momento en que nuestra vida se ha enfrentado al fracaso de nuestras esperanzas o ilusiones primeras, si es que ya ha sucedido. Pregúntate cómo has respondido a este momento: ¿creando en ti un sentimiento de escepticismo frente a todo?, ¿abandonando cualquier intento de mejorar la realidad a la que has dejado por imposible?, ¿asociándote a aquellos que piensan que todo y todos son dignos de desconfianza?...

O, por el contrario, ¿de la mano de Cristo buscas arraigar tu esperanza en Dios que atraviesa las puertas del fracaso y el dolor, invitándonos a amar en todo trance como verdadero camino para encontrar la vida que Él nunca abandonará?

Ésta será también la hora definitiva de nuestra vida en la que Cristo nos inicia con su Pasión de amor.

## Domingo de Resurrección

Hch 10, 34a.37-43; Sal 117; Col 3, 1-4; Jn 20, 1-19

I

### ***Aleluya. Os anuncio la Buena Nueva.***

Se han abierto las puertas del cielo  
y Cristo, nuestro hermano, aparece glorioso de la mano de Dios.  
Se rompen las puertas del infierno  
porque Cristo, nuestro hermano, las ha forzado con su amor.  
Corred, entrad en la Palabra de la Vida  
y si todavía os quedan dudas  
que los discípulos sencillos a los que tanto ama el Señor  
os ayuden a creer.

Hoy es día de dejar hablar a la esperanza. ¡Confiad! Hoy es día de correr hacia nuestros sepulcros y reírnos de ellos, correr a nuestros dolores y decirles que están muertos, aunque nos sigan doliendo por un tiempo, aunque todavía queden lágrimas que derramar. Hoy es día de acallar nuestras dudas celebrando la victoria de aquel al que ya nadie podrá arrebatarnos la vida. Hoy es día de mirar al cielo y ver allí nuestro hogar. Hoy es día de decir a las vendas que cubren nuestras heridas que no tienen futuro, que somos hijos de Dios y que no habrá herida sin curación a su tacto. Hoy es día de escuchar a los testigos que hicieron de este valle de lágrimas una escuela de amor y así llenaron el mundo con su fe a lo largo de la vida.

II

### ***Aleluya. Os anuncio la Buena Nueva.***

El bien derramado por Cristo en los caminos de la vida  
se ha eternizado en el corazón de Dios.  
El pecado ha perdido su esperanza de dominar el mundo  
Cristo es Señor del mundo y el futuro vive en su corazón abierto.  
Era cierto. Dios estaba en Cristo con nosotros.  
Era cierto. Los caminos de Jesús en Galilea  
conducían a la tierra prometida.

Hoy es tiempo de recordar que también desde las grietas de la vida se ve el paso de Dios y su gloria, como nos dijo Moisés. Es tiempo de recordar que también desde la tumba puede sentirse el susurro del Espíritu de vida que alienta a los huesos secos para que bailen de alegría. Hoy es tiempo de recordar que el cuerpo de Cristo no pertenecía a la podredumbre de nuestras miserias destinadas a la nada, sino a la creación bella que hizo Dios y que no abandonará nunca y que es parte de su gloria. Hoy es tiempo de recordar que todos nuestros pasos, encerrados en esta Galilea nuestra de trabajos y cansancios, tienen su lugar eterno de descanso junto a Cristo en el trono de la Vida.

III

***Aleluya. Os anuncio la Buena Nueva.***

La historia interrumpida con la muerte  
canta su futuro en el cuerpo vivo de Jesús.  
El dolor agónico de tantas cruces sembradas por la tierra  
ya no es queja desesperada de olvido y abandono.  
Nosotros somos testigos.  
Ya no pesa una losa sobre las vidas que quieren vivir.  
Ya no pesa una losa sobre la vida que quiere nacer.  
Ya no pesa una losa sobre el futuro que no se conoce.  
ni siquiera sobre la vida que muere.  
Ya no hay vida que no pueda alimentarse  
de un futuro de gloria.

Hoy es tiempo de cantar el amor de Dios, ¡sin más!, *por que éste es el día en que actuó el Señor.* Hoy es tiempo de cantar la resurrección de Cristo, ¡sin más!, *pues es nuestra alegría y nuestro gozo.* Hoy es tiempo de entrar en su tumba y descubrirla vacía. Tiempo para cantar que *Dios es bueno y su misericordia es eterna.*

IV

Hablamos de más, dirán algunos.  
Están borrachos, son unos ilusos, dirán otros;  
pero hoy lo increíble es cierto,  
y nosotros hemos sido bendecidos  
con la fe que cree en el Dios increíble del amor

***Cristo ha resucitado y su amor no tiene fin.***

*Felices Pascuas.*